

Luvina 85

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2016

\$100

TREINTA Y TANTOS

Claudia Apablaza ■ Eduardo Padilla ■ Juan
Álvarez ■ Oliverio Coelho ■ Artur
Rogério ■ José Manuel Torres Funes
■ Emiliano Monge ■ Urayoán Noel ■
Diana Garza Islas ■ Natalia Litvinova
■ Héctor Hernández Montecinos ■
Juan Sebastián Cárdenas ■ Hernán Bravo
Varela ■ Sebastián Basualdo ■ Luis Panini
■ Silvia Piranesi ■ Karen Villeda ■ Willy
McKey ■ José Adiak Montoya ■ Luis Eduardo
García ■ Carol Rodrigues ■ Maximiliano
Barrientos ■ Ignacio Fritz ■ Juan Manuel
Tabío ■ Denise Phé-Funchal ■ Javier Viveros ■
Enzo Maqueira ■ Carlos Fonseca ■ Martín
Lasalt ■ Frank Báez ■ NORMAN MANEA ■
■ *IN MEMORIAM* † IGNACIO PADILLA ■
● JULIO BITTENCOURT ●

Mi padre está temblando

SANTIAGO ACOSTA

1.

Mi padre está temblando.

**La vida es una carrera —me dice—, pero nunca sabes dónde termina
ni contra quién estás compitiendo. Sólo debes entender
que avanzas derecho hacia un ruido inhumano.**

Allá no encontrarás amigos, ni siquiera los busques.

**Tu generación sólo piensa en tomar té con galletitas
a la orilla del Senna. Ellos se han tomado selfies junto al Mediterráneo
con cara de satisfacción. Ellos te quebrarían
el cuello usando sólo dos dedos. Ellos vomitarían de horror.**

**Pero no tienes por qué ocultarte.
No pueden hacerte daño. No pueden contigo.**

**Tú has visto las primeras generaciones
de quienes se han salvado de la pobreza. Conoces
los sueños homicidas de las ancianas de Brooklyn
y los terrores nocturnos de quienes han tomado las academias por asalto.
Tú ves a quienes entran en los templos con flores en el pecho,
huyendo desesperadamente del futuro.**

**Y les dices: «Escóndanse, cuidense del frío y del sol,
no vean nunca los amaneceres».**

**Si tuvieras la oportunidad te irías a pescar centollas en Alaska,
te harías camionero y pasarías horas bebiendo en bares vacíos y hostiles,
te unirías a la enorme, gozosa familia de un ejército internacional,
o te harías obrero y escribirías un poema sobre
la profundidad de un remolino de cemento fresco.**

Recuerda siempre todo esto y no te pierdas.

Sé bueno.

**Tú has visto cosas, has visto todo eso que aparece en los libros.
Tú ves a los maníacos, a los oligofrénicos. Son tus hermanos.**

Son tus hermanos.

2.

Mi padre está delirando.

**Mi generación —dice— le debe la vida a un puñado
de héroes sufrientes,
ídolos lejanos que se dieron el banquete de la guerra
y murieron jóvenes, hambrientos y radiantes.**

**Los héroes de hoy están cansados del triunfo,
hartos de estar siempre en el tope de la vida.
Los veo salir a la calle con ojos inyectados
dando vueltas sin rumbo sobre un territorio blanco:
«Creo que soy el hijo del sol —dicen—, siento que lo soy,
siempre lo pienso. Amo sus leyes, me excita su rostro de acero».**

Nosotros, en cambio, soñábamos con ser los últimos sobrevivientes de un desastre nuclear, temblar bajo los rayos gamma, orinándonos sobre las últimas brasas de la realidad.

(La lluvia radiactiva tiene algo santo, algo bendito y justo.)

Pero está bien. Yo los perdono y les deseo lo mejor.
Yo bendigo sus almas, sus almas negras.

Después de todo,
la vida que nosotros queríamos ya ha muerto.

Y de eso estamos seguros.

3.

Mi padre está hirviendo.

Te lo voy a decir una sola vez —me advierte—. Una sola puta vez.

Tu verdadera, tu única manada
conoce el sabor rancio de la soledad. Esa culpa.
Ellos sueñan con los vagabundos que todas las noches
llevan canciones amargas a las puertas de los bares.

(I left my home in Georgia, headed for this goddamn bay!)

Ellos conversan al atardecer con sus padres muertos en los jardines
de UC Berkeley y han ido a ver lo que pasa allá arriba,
mucho más al norte, después de la parada del último autobús.

Tu generación cree demasiado en la poesía. Esos chicos
no pueden decir nada si no va a estar impreso en tipografías
exquisitas, encuadernado a mano, vendiéndose en las librerías de
Nueva York, Barcelona o Buenos Aires. «Gracias, muchas gracias.

Todo lo he hecho por mi país, que tanto amo».
Otras veces prefieren la fotocopia barata salpicada de cerveza
rodando por los bares y pasajes subterráneos de Latinoamérica.
Es igual. «Aplausos, aplausos, seguimos estando aquí
por los aplausos».

Pero está bien, es lo único que les queda. Yo los perdono.

Míralos a los ojos, míralos bien. Cuéntales tu historia
pero no reveles demasiado. Ten cuidado, no los juzgues.
Tampoco huyas. Nunca les des la espalda.

Odia y desprecia cuanto quieras, pero hazlo con medida y elegancia.
Confía en la contextura de tus nervios. Confía en la fuerza de tu miedo.
Nadie puede contigo.

Sólo deja de hacer el imbécil.

Pon orden e intenta que no te despidan de tu trabajo antes de tiempo.

Anda, pues. Tómatelo con calma, sal y encuentra la vida,
recorre los bares y saborea la espuma de los tiempos.

Ah, chico, has estado demasiado tiempo bajo el agua,
intentando respirar entre algas que parecen prehistóricas.

Ven, vamos a beber, vamos a dormir. De cualquier forma, ahora
no hay manera de saber nada.

Y ya sabes que aquí estamos.

Mi padre está congelado.

**Así lo encuentro, seis mil años más tarde, dentro de las ruinas
de un antiguo resort en lo más alto de Woodstock, NY,
bajo un cielo de invierno que parece podrido, envenenado.**

**Allí están su corazón y sus articulaciones,
su barba suave, sus manos blancas,
su mandíbula incrustada de diamantes.**

**Ah, padre-mamut, padre siberiano. Las cuencas de tus ojos me miran
detrás de una lámina de hielo amarillo como la sangre.**

**Ah, padre-fósil, padre mío, hermoso padre.
Perdóname, eres bello. Perdóname una última vez.**

**Antes me aburría esperando nada,
pensando que era tiempo de celebrar, de pasarla bien.
Pero hoy les pido demasiado a los días que vienen
y me atormenta saber
que el futuro es lo único que nos queda.**

**Despierta, Padre, levántate y habla.
Éste es nuestro momento, tienes que comprenderlo.
Hoy nuestro corazón está inflamado y todo nos distrae.
No vale de nada quedarse admirando, desde tan lejos, los disturbios.**

Danos más desastres, danos la saliva negra del miedo.

**Te lo pedimos, Padre, aquí te esperamos,
aullando nuestro idioma de plata al borde de un agua sucia.**

Aquellas olas

CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ

La crudeza del mundo era tranquila. El asesinato era profundo.

Y la muerte no era aquello que pensábamos.

CLARICE LISPECTOR

Siente los párpados como dos cáscaras de limón, duros. Abre los ojos. Estira su brazo debajo de la cintura y luego, con cierto temor, debajo de la cadera. Una estepa, grande, tan grande, un vacío. Mierda, no se suponía que fuera de ese modo. Agita la mano derecha. Araña, rasca la sábana blanca. Mierda, piensa. Mierda, dice. Cortaron la que no era. Pura sábana ahí donde debía estar una pierna. Su pierna. Lucha contra la rigidez de las dos cáscaras de limón —no se quieren abrir los ojos— y de pronto ve a su hija. Es una tarde fría, gris, verde casi. Sí, papá, le dice ella, sí, cortaron la que no debían. En una limonada se van a convertir esos ojos. Él quiere llorar, pero resiste, no debe hacerlo. Mierda, la que no era... Él vuelve de darse un chapuzón, se sacude el agua de la cabeza y te llama. Ven, hijita, vamos al mar. Eres tan pequeña y tiembles de pensar en entrar ahí, al agua tan fría, con esas olas que dejan la espuma blanca y revuelven todo a su paso. Te pueden tragar esas olas tan grandes. Mejor no, papi, mejor después. Presientes que esta vez no te vas a escapar. Solamente hasta la orilla para que te mojes los pies, te dice, vamos. Él está ahí, de pie, sonriéndote y sólo gracias a esa sonrisa dejas el balde rojo y la pala amarilla abandonados en la arena... Cómo pueden ser tan brutos, Señor, cómo pueden ser tan incapaces. Se contiene, se muerde los labios, no puede mirarla directamente a los ojos así reducido, partido, incompleto. Él en su cama de enfermo y ella a su lado, mirándolo desde arriba. Una enfermera llega, por fin. Hablan, discuten, la enfermera intenta fingir la vergüenza. Ya viene el doctor, dice y sale. Esperemos, hijita.